

# MUSEO DE LA PLATA

## LOS MURALES Y SU ENTORNO

Federico A. Carden<sup>(\*)</sup>

**R**econocido como uno de los conjuntos de obras pictóricas más valiosos que alberga la ciudad de La Plata, los murales del Museo son también un componente de la identidad de esta institución. Fueron pintados por conocidos artistas plásticos en la época en que se construyó el edificio, y se inauguraron conjuntamente el 19 de noviembre de 1889.

Desde entonces, estas pinturas que representan escenas de la naturaleza y de la vida del hombre primitivo, han servido como una magnífica introducción a la temática que el Museo presenta en sus salas, y han contribuido a despertar en niños y jóvenes (que es el público mayoritario del Museo), una temprana concepción del estilo y del sentido de lo bello.

Por mi parte, cuando ingresé a trabajar en el Museo (hace ya diez años) comencé a interesarme por estas obras, y por el entorno que las contiene.

Están ubicadas en las rotondas centrales del edificio, dos ambientes en los que estética y función se integran inextricablemente.

En la rotonda de la planta principal comienza y termina el recorrido de una serie continua de quince salas de exhibición. Es el lugar donde se unen los extremos del anillo biológico que según



palabras de Francisco P. Moreno: *comienza en el misterio y concluye en el hombre*. Es el ingreso mismo al interior del Museo, y la etapa final de un recorrido cuyo punto de partida no es arbitrario situarlo en un instante: en el momento en que el visitante que se acerca al Museo percibe de súbito, entre los ginkgos que flanquean la calle, el frente del edificio, y comienza a producirse ese juego recíproco que se da entre las propiedades que proporciona este particular entorno y la naturaleza del sujeto.

Entonces el paisaje (estamos en pleno corazón del Paseo del Bosque) también hace lo suyo, así como las estaciones del año, y si se quiere, la

hora del día. Así, puede ocurrir que temprano en una mañana de junio nos topemos con el sol elevándose entre los árboles, y sorprendernos con un efecto digno del arte de David Copperfield (el mago que entre otros prodigios logró volar y hacer desaparecer locomotoras), con que el imponente edificio al que estamos arribando (su fachada está orientada hacia el Oeste) se ha desvanecido... pero es solo un instante, y no se intenta agotar en este artículo todas las instancias de este recorrido de ingreso. No obstante, aun siguiendo un camino más directo, nos detendremos para atender otra particularidad vinculada con la clase de mensajes que el visitante recibe: sucede que trepando las escalinatas se enfrenta al monumental pórtico de capiteles corintios, y a las vigorosas esculturas de Víctor de Pol (los esmilodontes a los costados, el ángel emergiendo del frontispicio), que también son un símbolo; y que al entrar a la antesala (donde está la boletería), hará lo propio con frisos

y pinturas que interpretan motivos incas, mayas y aztecas.

Así, en este último tramo se presenta como en una síntesis la *summa* que caracteriza el estilo del Museo, que por ser ecléctico acude a tres fuentes: la del neoclasicismo, la de la tradición naturalista europea, y la del estilo americano precolombino. En una oportunidad dijo Moreno: *...el estilo sin ser único y puro, es sin embargo adecuado al objeto, lo mismo que la decoración a la que he tratado de dar un carácter americano arcaico que no desdice con las líneas griegas...*

Desde el vestíbulo accedemos a la rotonda de la planta principal, que tiene en su centro, sobre un pedestal, el busto de F. P. Moreno, y que presenta doble altura.

Muchas veces, aún, cuando entro a este recinto, siento la misma sorpresa y admiración placentera que las primeras veces. Allí, el espacio, el arte, la decoración, se integran de manera realmente feliz, y el mismo aire parece adquirir peculiaridades que varían con el pasar de las horas, producto de la iluminación cenital que proporciona la cúpula vidriada del piso superior.

También se puede disfrutar de cierta atmósfera de intemporalidad, debido quizá a la influencia que ejerce la iconografía de las pinturas murales (que nos remiten a paisajes de épocas remotas) y al hecho de que este lugar prácticamente se mantiene tal como fue concebido en la época de la fundación.

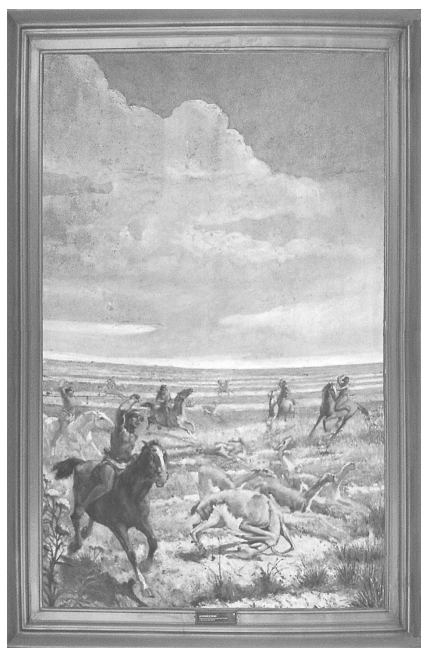
Los colores que predominan son los ocre, el verde Nilo y el reflejo dorado en la decoración. Ocre, verdes, celestes y notas de rojo en los cuadros.

Quienes entren al Museo transitarán al menos dos veces por esta rotonda, es un lugar de encuentro que ofrece además bancos para sentarse.

Sin embargo, la gente se muestra apresurada aquí: ¡Es que hay tantas cosas interesantes para mirar!: la arquitectura, la decoración de cielorrasos y muros, las esculturas (doce cabezas en bronce de especies animales americanas realizadas por Máximo Maldonado), el centro de ventas, los murales...

En esta rotonda hay dieciséis pinturas, ocho de gran tamaño (330 x 200 cm) y ocho más pequeñas (50 x 190 cm).

Las mayores se exhiben entre las



La caza del guanaco.

pilastras que flanquean las aberturas que conducen a las distintas dependencias del Museo, y están enmarcadas por molduras de formas *bombée* de color ocre. Las menores se encuentran sobre los dinteles de dichas aberturas. Debido a la altura en que están emplazadas, a cuatro metros desde el piso, no se las puede apreciar en detalle, por lo que cumplen una función más decorativa. Su temática es la del variado paisaje argentino y sus distintas condiciones climáticas. Encontramos paisajes nubosos, cielos tormentosos, escenas campestres y de montaña. Excepto

por dos de ellas (*Paisaje de río* y *Paisaje nevado*) que se atribuyen a José Speroni, las demás no llevan firma, y se las considera de autor desconocido.

Todos estos cuadros (grandes y pequeños) fueron pintados al óleo, y su soporte son telas adosadas al muro o a paneles de chapa de zinc.

Para poder apreciarlos no es preciso seguir un orden preestablecido, de manera que es indistinto comenzar a recorrerlas partiendo de cualquiera de ellas.

Antes de hacerlo, en un golpe de vista advertimos que por su iconografía y sus formas (sobrias, despojadas de detalles) estos cuadros componen una unidad muy homogénea. Tanto, que es natural atribuir este resultado a la ejecución de un plan general previo, aunque desconocemos sobre qué bases y premisas se estableció, y quiénes lo acordaron.

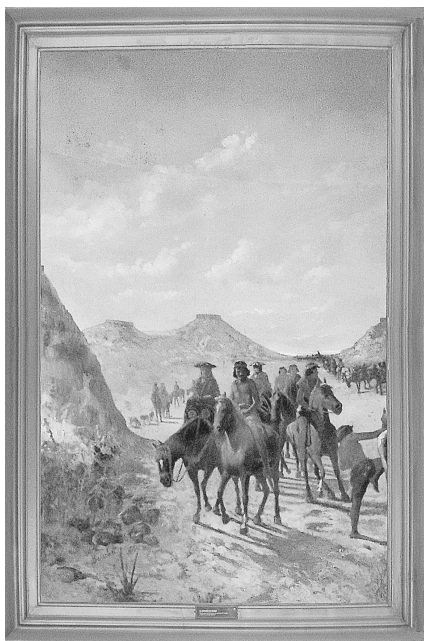
No obstante, es justo recordar los alcances de la acción de Moreno, que abarcó aun los aspectos de la decoración y del arte. Fue él quien decidió las ideas, supervisó los programas y también escogió a los artistas. Lo hizo entre los prestigiosos de su época.

Pertencen a la generación que José León Pagano llama de "los organizadores", y es que: a muchos de sus artistas representativos (entre ellos E. de la Cárcova, E. Sívori, A. de la Valle, A. Ballerini), se les debe la fundación de la Sociedad de Estímulo de Bellas Artes, el Museo Nacional de Bellas Artes y la Academia.

Otra característica de este período es que muchos de los artistas fueron, o bien de origen europeo que realizaron gran parte de su obra aquí, o argentinos que completaron sus estudios en Europa, especialmente en academias de Francia y

de Italia.

Para comprender qué clase de enseñanzas pueden haber recibido, debemos recordar que hacia la segunda mitad del siglo XIX la escuela de tradición naturalista se imponía como un movimiento dominante. Naturaleza, retrato, la pintura de historia, el tema social, eran los géneros que más se cultivaban. Surgió como una reacción contra los excesos expresivos del arte romántico, y evolucionó, no



Toldería india.

obstante el fuerte sesgo academicista que la caracterizó, hacia una forma inesperada.

Ya en 1860, a través de la escuela de Barbizon en Francia, y de los "Macchiaoli" (literalmente "Manchistas") en Italia, se anunciaron los primeros signos precursores del movimiento impresionista, cuyo nacimiento oficial, en 1874, fue un escándalo, y un punto de inflexión en el devenir de la historia del arte europeo.

¿Percibieron nuestros artistas esas señales de ruptura con la tradición, que comenzaban a insinuarse?

Recorriendo los murales del Museo, parecería que en algunos aspectos son verdaderos paisajistas

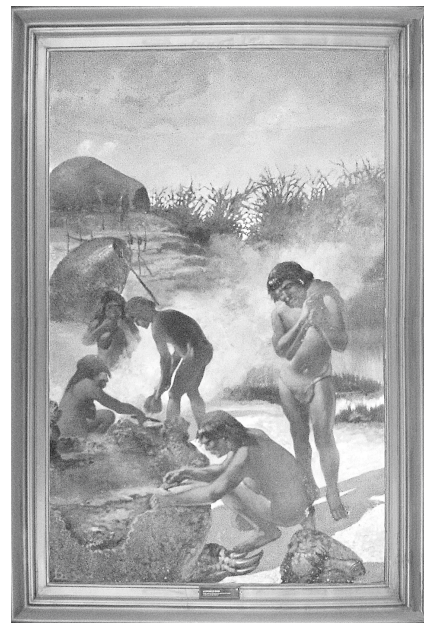
modernos, sobre todo cuando tratan al paisaje como el tema mismo de la obra, y no como un fondo.

Se advierte que si bien acudieron a la naturaleza para tomar sus apuntes, fueron pintores de taller, que allí culminaban sus obras, y que no adoptaron, como los primeros impresionistas, la pintura "a plain air". No obstante, algunos de los recursos pictóricos que utilizan recuerdan a los del impresionismo, como por ejemplo el tratamiento que se les da a las sombras, que suelen ser claras, a menudo pintadas con vibrantes azules de cobalto. Y cuando este procedimiento predomina, como en el cuadro de J. Jörgensen *El volcán Tromador* (ubicado en la planta superior) alcanza tal diafanidad, que el mismo aire parece ser el tema de la obra.

Retornando a la rotonda de la planta principal, una atención especial merece el cuadro de R. Giudici *Toldería india*, pintado en 1888, que a mi juicio es uno de los más interesantes. Pero no se lo puede apreciar plenamente, ya que su estado de conservación no es del todo bueno (durante la década del cuarenta se le hizo una última restauración parcial), y la iluminación en ese punto de la rotonda es escasa.

Existe un precioso documento fotográfico de época (es la imagen que encabeza este artículo) que muestra al pintor sobre un andamio trabajando en esa obra, y en primer plano, posando, a los caciques araucanos Foyel, Inacayal y Coñuel, quienes entonces estaban alojados con sus familias en el Museo.

Giudici está presente también en la planta alta con dos obras: *Cacería de avestruces* y *El paso de Uspallata*. Fue uno de los pintores más valorados de su generación, y durante su vida gozó de gran prestigio, aun internacional. Es autor de *La sopa de*



Descuartizando un gliptodonte.

*los pobres*, que se exhibe en el Museo Nacional de Bellas Artes en tandem con *Sin pan y sin trabajo*, de E. de la Cárcova, otra obra capital del arte argentino.

*Descuartizando un gliptodonte* y *Una cacería prehistórica*, de L. De Servi, son quizá las obras más expresivas que se exhiben en la planta baja.

En la primera, el paisaje prácticamente desaparece, el primer plano lo abarca casi todo, y las figuras tienden a lo monumental. En la escena se ven desnudas figuras de indios faenando al gliptodonte, cuyos miembros cercenados (cabeza y garras), están pintados con formas y colores que nos recuerdan a P. Picasso.

*Una cacería prehistórica* es distinto de los demás. Es un cuadro nocturno, pintado con negros, plateados y cobres. Los efectos de niebla que envuelven a las siluetas desnudas de los cazadores están resueltos de manera casi abstracta, lo que acentúa aún más esta diferencia.

De Servi fue un artista italiano que desde 1885 tuvo una destacada actuación en el Río de la Plata. Sus vínculos con el Museo se extendieron por más de una década. Es



El esmilodonte.

autor de un retrato tamaño natural de Moreno –está colgado en la Sala Moreno–, y de dieciséis cuadros con estudios de cabezas de indios, tomados del natural, que son parte del patrimonio cultural de nuestra institución.

Otro artista muy vinculado al Museo y a la ciudad de La Plata y sus instituciones fue E. Coutaret, quien siempre será recordado como uno de los artífices de la traza de la ciudad y del diseño de su catedral. Era arquitecto e ingeniero, pero también un distinguido pintor y profesor de arte, tarea esta que ejerció en el ámbito del Museo y en la academia que fundó junto con M. Montesinos, donde fue maestro directo de E. Pettoruti.

Durante su paso por el Museo pintó el *Retrato del doctor Santiago Roth e Iguanodon*, dos óleos (el segundo de gran tamaño) que están en custodia de la División Paleontología Vertebrados.

Coutaret es autor de los murales *El esmilodonte* (un poderoso escorzo del tigre americano extinguido en el período cuaternario) y *La vuelta de Torres*, que presenta con una visión

impresionista ese rincón del Delta del Paraná.

Ambos cuadros, de factura impecable, están fechados en 1927, por lo que se infiere que sustituyeron a otras pinturas. Cuáles eran éstas, quiénes fueron sus autores (¿Methfessel quizá, Del Nido, el mismo Giudici?) y qué destino ulterior tuvieron, lo ignoramos. ¿Estarán aún en los muros, cubiertas por las que las reemplazaron en la década de 1920?

*La caza del guanaco* de J. Speroni, es un cuadro de acción: caballos al galope, la indiada, el guanaco boleado en primer plano, todo se muestra en movimiento, pero es un movimiento que tiende a cristalizarse, a detenerse, debido quizá al predominio que ejerce el fondo: un espectacular cielo pampeano, cuyas resonancias proponen otros contenidos expresivos que invitan al espectador a adentrarse en una cosmovisión de la escena.

A Speroni se lo recuerda por haber sido uno de los primeros hacedores de la plástica platense, como al autor de obras pictóricas de inconfundible estilo gauchesco, y por sus trabajos en el campo del arte decorativo, que fueron importantes y numerosos. Mencionar, algunos de ellos nos da una medida de su aporte.

Junto con A. Boveri fue responsable de la decoración de la cúpula del Teatro Argentino, donde también realizó varias escenografías, y con A. Ballerini intervino en la decoración del Salón Dorado de la Casa de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. En el Museo, realizó numerosas guardas de estilo precolombino que ornaban las salas, e importantes trabajos de restauración en los murales.

Las obras *Un parlamento indio*, *Indiada Tehuelche* e *Indios canoeros* (esta última ubicada en la planta alta) son

obras de J. Bouchet, un pintor que en vida tuvo gran prestigio, pero que hoy se encuentra un tanto olvidado.

Es el más estilizado de los autores que hemos recorrido, y el claro dibujo de las figuras, la gracia constructiva de estas composiciones, sus diáfanas atmósferas, armonizan, sin embargo con la rusticidad de los temas tratados.

*El mastodonte y el gliptodonte*, de P. Matzel, es un cuadro de contrastes que nos transporta a una escena extraña. Pintado con técnica excelente, presenta una reconstrucción de la fauna pampeana extinguida. El primer plano está pintado con colores tierras, dorados y toques amarillos y la figura enigmática del gliptodonte llama la atención por su acabado dibujo. Más atrás, la masa del mastodonte, con colmillos de grandes dimensiones, vista desde abajo, se recorta monumental sobre un profundo cielo azul.

En la rotonda de la planta alta prevalecen los temas inspirados en la geografía argentina por lo que *Cacería de avestruces* de R. Giudice, contrasta por su índole romántica. Es un cuadro de tonos bajos, de



El paso de Uspallata.

atmósfera crepuscular en el que se presiente una despedida. En un plano intermedio, como en transición, las figuras de dos jinetes indios se mueven entre pastizales. En el primer plano, el avestruz es apenas una mancha de sombras que se debate. Al fondo, contra el horizonte, arden hogueras y se elevan columnas de humo que empujadas por el viento agregan un movimiento aparente.

Una concepción y procedimientos distintos exhibe Giudici en *El paso de Uspallata* (el sitio por donde atravesó los Andes el ejército del general San Martín). Aquí, partiendo del primer plano, la visión, siguiendo rocas y guijarros, recorre un movimiento diagonal ascendente hasta terminar en un cielo inmaculadamente azul que contrasta con los manchados ocre, marrones y verdes de la montaña.

*Selva misionera*, de A. Ballerini, presenta con técnica suelta una vista panorámica del interior de la jungla. Aquí el horizonte desaparece tras los árboles y los desniveles del terreno. Sería imposible estimar las proporciones de este escenario si no fuera por la aparición serpenteante de una columna de expedicionarios, los únicos seres contemporáneos que se pueden encontrar en los murales, que se abre paso entre la vegetación. Ballerini estuvo muy vinculado a la acción constructiva de los "organizadores". Murió tempranamente, a los cuarenta y cuatro años. Su producción pictórica fue diversa. Abordó la pintura de paisaje, el retrato, el costumbrismo y aun el tema mitológico, pero fue en la pintura de historia donde consiguió sus mejores logros.

*El ombú*, fechada en 1926, es otro de los reemplazos que se efectuaron durante esa década. Posiblemente sea la obra en la que el color se expresa con mayor fuerza. Aunque el



El volcán Tronador.

pintor mantiene el color local de los elementos del paisaje, las sombras de azules brillantes, los intensos verdes, y los rosados casi magentas parecen adquirir una expresión propia e independiente. Es de F. Vecchioli, un artista platense de nacimiento, que tuvo una intensa participación en la actividad plástica de la ciudad. En nuestro Museo, la División Arqueología conserva cinco obras suyas que son naturalezas muertas compuestas con motivos de alfarería arqueológica.

He reservado un último espacio de estos apuntes para comentar brevemente las dos obras de Jörgensen, que junto con las de Giudici son a mi juicio representativas del conjunto, aunque no incluyan la figura humana, ni el elemento paleontológico.

*La cascada de Escava* es un paisaje andino tomado entre los límites de las provincias de Tucumán y Catamarca, pero al igual que en *El volcán Tronador*, el tema parece ser la atmósfera. Entre ellas difieren levemente, por ofrecer la última mayor contraste de volúmenes y colores. En la primera creo percibir alguna característica propia del romanticismo alemán. Son dos cuadros

muy hermosos, pero hasta hoy no he podido encontrar referencias sobre su autor para incluirlas en este artículo, salvo las que pueden proporcionar una anécdota personal.

Hará dos años atrás, yendo a mi lugar de trabajo me crucé frente a estos cuadros con dos jovencitos, un muchacho y una chica, que los comentaban animadamente. Me acerqué, y se presentaron como bisnietos del artista. Cambiamos algunas palabras, los felicité, pero no atiné a indagar sobre su bisabuelo pintor, cuyo nombre de raíces escandinavas me resultaba tan sugestivo.

\* *Profesor Superior de Pintura, Universidad Nacional de La Plata. Unidad de Conservación y Exhibiciones, Museo de La Plata.*

Fotografía: Xavier Kriscautzky

#### Bibliografía consultada

- de Urgel, G. 1995. *Arte en el Museo de La Plata*. Edit. Fundación Museo de La Plata "Francisco P. Moreno", La Plata.
- Maestros de la pintura platense: 18 pintores de la ciudad. 2004. *La Comuna Ediciones*, Municipalidad de La Plata. La Plata.
- Morosi, J.A. 2004. *Los creadores del edificio del Museo de La Plata y su obra*. Edit. Fundación Museo de La Plata "Francisco P. Moreno", La Plata.
- Pagano, J.L. 1994. *Historia del Arte argentino*. Edit. L'Amateur, Buenos Aires.
- Peñalver, E.J. & E. Mendoza Godoy de Cingolani. 1980. *Relevamiento, fichaje y documentación fotográfica del patrimonio artístico del Museo de Ciencias Naturales de La Plata*. Edit. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.